

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO XI—T. XI | San Salvador, Domingo 6 de Setiembre de 1891. | S. XLI—N. 484

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE  
**José Antonio Aguilar.**

AGENTE GENERAL  
**Federico Prado.**

## DISCURSO SOBRE LAS GLORIAS Y MAGNIFICENCIAS DEL PONTIFICADO ROMANO, LEÍDO EN EL CÍRCULO CATÓLICO DE UNA DE LAS DIÓCESIS CENTRO-AMERICANAS EL 1° DE JUNIO DE 1891.

*“Ciertamente, en medio de esta versatilidad de las cosas, solo hay una ciudad y un hombre que, por su inmovilidad en el océano del tiempo, presentan á nuestro espíritu una imagen de sucesión y perpetuidad: Roma y el Papa. Encontrádmme, para los que esten cansados de errar á merced de todos los vientos, y piden á la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro donde hallar abrigo, un puerto siempre abierto donde amarrar su buque, á no ser esa roca más elevada que las mismas tempestadas: Roma y el Pontificado!”*

SEÑORES:

EUGENIO ROBIN.

Más de diez y nueve siglos hace que brilla con esplendores magníficos en la historia la divina institución del Pontificado Romano, y hoy mismo los rayos de su gloria iluminan al mundo entero con sus vividos fulgores, bañando en sus ondas de luz toda la tierra, como deberá suceder mañana, y un día y otro día, hasta la consumación de los siglos.

Debo decir algo hoy acerca del Pontificado y me encuentro abrumado en verdad ante la grandeza del asunto, ante la magestad de ese Trono á cuyo rededor pasan los siglos sin conmoverle, y cuya gloria publica y canta una y otra edad, por la boca de los más ilustres y profundos talentos, con la cítara de los mejores poetas, con la virtud de los más grandes santos, con el amor de las almas más ardorosas, que en concierto inmenso celebran y admiran á porfía esta magnífica Obra de Dios, que en bien del hombre ha realizado sobre la tierra.

El Pontificado Romano es, señores, uno de los milagros más sobresalientes de la diestra del Señor: milagro universal, pues que su acción se extiende hasta los confines del mundo; milagro perpetuo, pues que cuenta casi veinte siglos sin interrupción de su existencia en la historia; milagro palpable, ya que está á la vista de todos desde la época de Cristo hasta nuestros días; milagro en fin, que reúne en un haz multitud de milagros, y que viene á constituir una de las pruebas más grandiosas de la verdad católica, porque no le es dado al hombre crear y mucho me-

nos conservar una institución semejante, que ha visto levantarse y caer los Imperios, sucederse un siglo después de otro siglo, vivir en las catacumbas ó en el Vaticano, siempre grande, siempre imperturbable, siempre triunfadora, jamás vencida. Á merced siempre de las pasiones, de los odios, blanco de iras reconcentradas, piedra durísima, en la cual vienen á chocar todos los errores, todos los sofismas, que en su furor han creído destruirla ya por la fuerza, ya por la cábala, ya por la mentira, ya por la intriga, y que en lugar de lograr su destrucción, á cada golpe la hacen aparecer más bella, más inmutable, más magnífica á los ojos de la historia.

El Pontífice Romano, señores, es un hombre; no es un ángel; un hombre con todas las debilidades humanas: será el Pescador de Galilea, el humilde pastor, el guardián de cerdos, el monje Hildebrando, el hijo de una lavandera, el descendiente de la familia Médicis, un noble conde, que la suprema dignidad del Pontificado ha recaído por una santa igualdad en personas de todas condiciones; será judío, africano, asiático, francés, italiano, español, poco importa su nacionalidad, que el Pontífice es universal, y sea de una ú otra nación es el Pontífice Romano. Y bien, pensad que sobre la cabeza de un hombre gravita esa dignidad la más alta que ha existido en la tierra, soportando tres coronas, y empuñando en sus manos llaves con que abre y cierra los cielos, con que abre el Purgatorio, y decid después de esto sino es una obra prodigiosa de la diestra del Señor, esa cadena interminable de hombres que se han sentado en la Cátedra de San Pedro para gobernar la Iglesia, asistidos del Espíritu de Dios y sostenidos por su soberana mano!

Para cada época Dios suscita un Pontífice apropiado por su carácter y su genio á los sucesos en que va á intervenir como supremo Jefe: le dará el valor del martirio, la paciencia de Job, el celo, la caridad para con los pobres, su más acendrada piedad, el estro del poeta, el genio artístico, el talento político, la serenidad de ánimo, la entereza de San Gregorio VII, la erudición de Benedicto XIV, la dulzura de Pio IX, la magnificencia de León X, y siempre el hombre que ocupe el Pontificado, será el hombre apropiado y necesario á cada época, á cada momento de la historia. La asistencia de Dios brilla en esto de una manera particular, exclusiva, casi nímia.

La grandeza del Pontificado tiene por patrimonio la lucha, y una lucha á muerte contra todas las fuerzas del infierno; es el Jefe de los ejércitos de Dios aquí en la tierra, que libra los interminables combates contra Satanás, sus cohortes y seguidores, sin in-

termisión ninguna hace diez y nueve siglos; ser Pontífice equivale á ser general en perpetua campaña, un día y otro día, una hora y otra hora, sin que jamás envaine la espada ni se entregue al descanso.

Lleva también el Pontificado sobre su frente otro signo de gloria reservado tan solo á él: que es grande, que es sublime siempre, lo mismo en los días de triunfo cuando recibe homenajes de los reyes, que en los días de persecuciones y martirio; las manos que bendicen al mundo desde el balcón de San Pedro cuando están aherrojadas con cadenas, en estrecha prisión, no pierden nada de su poder por esta circunstancia, y la magestad del Vicario de Cristo que es llevada sobre la silla gestatoria entre las aclamaciones del pueblo fiel, no es ajada cuando gime en estrecha prisión ó avanza perseguida al destierro, y he aquí lo que no podrá la impiedad jamás disminuir ó menoscabar: la grandeza del Pontificado, aunque le lleve al cadalso! Desde el primer ensayo de esta táctica le salió fatal á Nerón, pues cuando él creía vencer crucificando á San Pedro, no hacía más que cimentar con sangre la silla del Pontífice; y hoy León XIII, sentado en ella bien puede reírse del furor de Nerón y de los sucesores de Nerón, al través de XIX siglos, contemplando con desprecio un furor que, á pesar de tantos reveses, no se convence todavía que contra la Obra de Dios, todo ataque es contraproducente, toda lucha desastrosa, toda esperanza vana.

¡Allí está Pedro, en el 255 de sus sucesores! ¡Su poder no ha sido menoscabado á pesar de los siglos y de las vicisitudes de los tiempos, sino que por el contrario, ha ido creciendo y creciendo siempre, no en su esencia sino en su expansión, pues los 3,000 hombres del día de Pentecostés hoy son trescientos millones! Y los acentos sagrados del Vicario de Cristo, que entonces se escucharon en Jerusalén, hoy se oyen reverentes de uno á otro polo de la tierra, lo mismo en Europa que en Asia, en África, América y Australia, y hasta en los desiertos del Sahara donde se escucha su voz con amor. Esta expansión no se ha detenido un solo siglo, avanza siempre adelante; y cuando un pueblo rompe la unidad católica, hay otro pueblo mayor que recoge esa herencia, y el orden numérico no decae, sino que va en aumento. La estadística á este respecto es incontrovertible.

El cisma de Focio se gloriaba de apartar de la obediencia del Pontífice Romano el antiguo Imperio de Oriente, y ¿qué le importaba esto á la Iglesia, cuando surgían los Reinos cristianos de Europa: España, Francia, Inglaterra, Hungría, Austria, Polonia y Alemania? Lutero, y Enrique VIII, y la Reforma separaban reinos enteros de la unidad católica, pero esta separación no afectaba al número, pues que las cristiandades de América le devolvían á esa unidad miles de fieles, que superaban á las pérdidas sufridas en Inglaterra y en los países del Norte. Hoy mismo hay muchos apóstatas en Europa y América, pero notad los avances del Catolicismo en Australia, en la China, en la India, hasta en el interior del Africa á donde siguen los misioneros á los exploradores, y plantan sus rústicas capillas á orillas de los grandes lagos, atrayendo á la Fé prosélitos entre aquellas gentes antes desconocidas para el mundo y cuya existencia ni se suponía. Esto además de que los protestantes de Alemania é Inglaterra, de Holanda y Dinamarca, buscan á millares el calor materno de la Iglesia, después de tres siglos de nostalgia entre el hielo de la Reforma, y vienen, señores, con ardor y celo que superan al ardor y celo de los católicos en países latinos, de suerte que en menos de diez años llegan á formar con su representación el *Centro* en el Parlamento alemán y hasta sentarse en los sillones ministeriales de la Gran Bretaña! Los emigrados de Inglaterra que vinieron

á constituir la República de los Estados Unidos, protestantes decididos, puritanos, hoy por sus hijos y descendientes abrazan con ardor la verdadera Fé, y os aseguro señores, que en ninguna parte se reverencia y ama al Papa como entre estos católicos fervientes. En esto vino á parar el grito subversivo de la Reforma al través de tres siglos: Inglaterra y sus antiguas y nuevas colonias vuelven á la unidad á pasos agigantados, con un ardor semejante al de aquellos bárbaros que recibían el bautismo de manos de San Remigio en Francia, de San Bonifacio en Alemania, de San Patricio en Irlanda!

Esta universalidad del poder del Pontífice y de la reverencia tributada á su voz, es la misma siempre desde el día de Pentecostés, y sino recordad lo que nos dice el libro de los Hechos de los Apóstoles, enumerando á aquellos primeros conversos que admirados oían á San Pedro en su primer sermón: "había allí Partos, Medos y Elamitas; de Mesopotania, Judea y Capadocia; del Ponto y del Asia, de Phrygia y de Pamphylia; de Egipto y de Lybia confinante con Cyrene; Romanos, Cretenses y Árabes; gentes que hablaban diversas lenguas; y la gracia, señores, se derramaba sobre los judíos y los gentiles."

Aquel no fué más que el prelude de la sumisión con que todos los pueblos de la tierra escucharon al Pontífice Romano durante cerca de veinte siglos; y esta sumisión y este respeto, no me negareis por favor, que hoy ha llegado á un grado que admira, pues no hay lengua de cuantas hablan los hombres sobre la faz de la tierra en que no se salude con respeto al Papa, y á la cual no haya sido traducida la palabra del Vicario de Cristo. No hay pueblo donde no se le reverencie y respete, no hay raza que rechace su imperio y dependencia, y notad que se trata de una dependencia aceptada con entera y completa libertad, y en una región, señores, la región del alma, la cual no concede el hombre sino á Dios, el corazón, de quien el hombre es tan celoso para guardarle y no cederle sino con medida y temor.

Más el Pontífice Romano, no solo domina en todo el mundo á millones de hombres con entera libertad de parte de estos, por un acto de la voluntad sin coacción de ninguna especie, el Pontífice Romano es amado por esos millones de fieles. Nada hay más difícil que conquistar el amor, y es imposible obtenerlo universal; solo el Papa entre los hombres posee esta prerrogativa singular, solo á él se lo han concedido los corazones de los hombres, de tal suerte que en el catecismo de los niños, debiéramos agregar á aquella respuesta: "Regida por Cristo y el Papa su Vicario... á quien debemos entera obediencia," esta frase; y "amor," pues hasta los niños aman al Pontífice Romano.

Amar á quien no se conoce, á quien nunca se ha visto, amar al que vive tan lejos del Africa, del Asia, de la Oceanía, de la América; amar á quien vive sino tan lejos, al menos lo bastante para imposibilitar el sentimiento del amor para los países de Europa que no fuesen Italia, que no fuese Roma, es señores, una cosa que se escapa á la posibilidad humana; y el Papa es amado en Europa y amado en todo el mundo, y esto de tal suerte, que se ha considerado tal amor como una devoción, según el pensamiento de un célebre escritor, que colocó entre las grandes devociones de un católico la devoción ó amor al Papa; y con razón, pues el Pontífice Romano es el Vicario de Cristo, es Jesucristo viviendo en la Iglesia, con toda su autoridad y su poder, de una manera visible, rodeado de la espléndida aureola de la Infalibilidad, privilegio único y singular que Dios le concedió é inherente al sucesor de Pedro.

El amor al Pontífice Romano ha ido creciendo al

través de los siglos, como todas las glorias y magnificencias del Pontificado, y yo no sé si este amor puede crecer en el porvenir, cuando contemplo el grado á que ha llegado hoy, en que una verdadera y continua explosión de este amor se escapa de todos los corazones en el mundo por manifestaciones inequívocas que caracterizan al siglo XIX, muy especialmente en su última mitad. Sería cansaros, señores, referiros lo espléndido y grandioso de estas manifestaciones en todos los siglos é irros marcando este *sursum corda* siempre creciente, siempre en aumento, y que viene, permitidme la expresión, á inundar el mundo en un mar de amor al Pontificado bajo los Pontífices Pio IX y León XIII, escogiendo la Providencia las circunstancias más contraproducentes de una época histórica, como para hacer brillar más este milagro; pues dos papas perseguidos, prisioneros, encerrados en un palacio, y en el momento en que el liberalismo, la herejía de las herejías ó sea la amalgama de la quinta esencia de todas ellas, domina al mundo por completo en las sociedades y poderes de la tierra; en ese instante crítico de la historia, Dios suscita la explosión más grandiosa de amor de que nos dan cuenta los anales humanos, en favor del Pontificado Romano!

En cuanto á esto, señores, en cuanto á este hecho del día, milagro que se nos entra por los ojos, creo innecesario descender á probároslo, pues las brillantes explosiones de este amor tan sublime como milagroso, os han traído ráfagas de ese perfume embriagador que lucha por ahogar la blasfemia de los impíos, y que parece envolver al mundo entero con las suaves brisas de este hálito de Dios; pues os lo digo sin temor, Dios lo inspira, Dios lo quiere, y lo quiere para su gloria, y en bien del hombre, pues quien ama al Papa, Vicario de Dios, ama á Dios, única y suprema felicidad del hombre. Además, estas ondas de amor al Pontificado nos han envuelto, señores, á nosotros en ese mar sin orillas, y cuando os hablo, vuestro corazón late con precipitación y entusiasmo, ante el nombre del ser amado; á quien llamamos con el dictado más dulce y amoroso que se pueda concebir, despues que le decimos á la Virgen nuestra Madre; ¿no es verdad que con noble y festivo entusiasmo llamamos al Pontífice Romano nuestro Padre?; y así le llama el Rey desde su trono, y el Obispo desde su Sede, y el caballero y la dama, y el mendigo y la aldeana, y él á todos les dice: hijos míos, á todos, todos, exceptuando á los obispos á quienes caracteriza por humildad con el dictado de sus venerables hermanos, aquel que se apellida el *siervo de los siervos de Dios*.

De cuarenta años á esta parte, una interminable cadena de peregrinos ha salvado las puertas de la casa paterna de todos los católicos, para ir á rendir el tributo de su amor á los pies del Pontífice Romano; y cada uno de estos, además de presentar la explosión de su cariño, llevaba el encargo de transmitir homenajes de otros corazones que no pudieron acercarse, y en la imposibilidad de hacerlo los enviaban por medio de sus hermanos. Es esta una historia que ha caracterizado nuestra época, que parecía ser la más impropia para tales explosiones religiosas, y que oscurecen y con mucho la piedad de los siglos de la Edad Media, con su fé inquebrantable y sus caracteres que se rompían pero que no se doblaban. Y os diré que en nuestros contemporáneos tiene mayor mérito esta conducta, ya que los hombres de los siglos de Santa Isabel de Hungría, Santo Domingo de Guzmán, San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, Santo Tomás de Aquino, Inocencio III y el Taumaturgo de Paula, no arrostraban tras su conducta piadosa la burla; la burla, esa arma de la impiedad,

con la cual hace estragos inmensos en el campo católico, y que como bien sabe quien algo conoce el corazón humano, es una arma mortífera, invención satánica que puso en moda el patriarca de la incredulidad, al cínico y crapuloso Voltaire.

Y sin embargo, señores, ved la multitud de peregrinos que un año y otro año, que un día y otro día, y procedentes de todas las partes del mundo llega al Vaticano, preguntando por su Padre, para tener el placer de verle, besar su pié y recibir su bendición. ¡Qué escenas aquellas de las salas del Palacio Pontificio, qué explosiones de amor, á veces sencillo con la sencillez de los niños, á veces sublime hasta un grado que la inteligencia queda abrumada, á veces magnífico con toda la magnificencia oriental! Ya es una pobrecita mujer, que cubre de besos la mano del Pontífice; ya es un negro traído del África con las cicatrices del martirio, á quien el Papa estrecha contra su corazón en tierno abrazo; ya un sábio y valiente escritor, que defiende á la Iglesia, y que allí recibe nuevo aliento para la lucha, al sentir sobre su cabeza la mano de su Padre que la posa con cariño en su frente; ya es el general que dobla las rodillas y se prosterna hasta el suelo ante el Anciano de blancas vestiduras; ya es el Príncipe, el conde, el banquero y la noble señora, que le presentan mil objetos de piedad para que las manos del Vicario de Cristo los toquen, á fin de poseer tales objetos como un precioso tesoro!

¡Qué de lagrimas no se han derramado allí!; lágrimas sí, de esas que el corazón derrama cuando la alegría y la ternura le hacen palpitar con vertiginosa rapidez, y que han bañado siempre á las almas profundamente piadosas en ciertos y determinados momentos de la vida, dejando tras sí la huella de recuerdos de un placer bello y sublime, espiritual y puro, que jamás gustaron ni los mundanos ni los impíos! El Padre las ha derramado muchas veces al ver á sus hijos y las explosiones de su cariño, y estos también al contemplar la faz benévola de un Padre, oír sus palabras, recibir sus bendiciones; de suerte que, hasta los corazones de los guerreros, acostumbrados á la insensibilidad por los combates, se han conmovido y derramado lágrimas allí!

Ved en lo que han venido á parar las efusiones del amor de los fieles en Jerusalén, cuando vieron libre al primer Pontífice; los tiernos afectos con que en Roma es recibido San Pedro por la familia senatorial de Pudente. El entusiasmo silencioso de los mártires, y de los hijos de los mártires, y de las esposas de los mártires, cuando llegaba un día y otro día, bajo el sigilo, el Papa á las mortuorias galerías de las Catacumbas, nuestros primeros templos, despues del peligro, tal vez con las cicatrices del martirio, quizá con la predestinación á derramar su sangre por la Fé; las explosiones de los Padres de Calcedonia, que decían entusiasmados: *Pedro ha hablado por boca de León*; el poético llanto del Dante, al contemplar triste y solitaria á Roma por la ausencia del Pontífice; los afanes y el afecto de Catalina de Siena, con que al fin inclina á Gregorio XI á volver á la Ciudad Eterna; las etapas de ese amor siempre creciente al redor de la Silla Romana, en uno y otro siglo; las lágrimas derramadas en los pueblos que fueron la vía de la cautividad de Pío VI, cuando lentamente le conducían á su Calvario; los víctores entusiastas con que acogen á los romanos á Pío VII, despues de las escenas en que el coloso guerrero de Francia insultó la magestad del Vicario de Cristo, creyendo insensato el orgulloso Emperador que el Dios de otro tiempo ya no vivía; la explosión de alegría de 60,000 fieles, cuando un rayo de luz que descendió lentamen-

te desde las ventanas de San Pedro, bañó la dulce y hermosa figura de Pío IX, revestido de pontificales ornamentos, al proclamar la Infalibilidad Pontificia, despues que terrible tempestad cubrió de negros nubarrones y descargó rayos sobre Roma, momentos antes de esta definición, parodiando los rayos del Sinaí, precursores de la publicación del Decálogo; y en fin, señores, aquellos vivas que resonaron en el lugar santo al atravesarle sentado en la silla gestatoria el magnífico León XIII, cuando iba á celebrar ante una muchedumbre entusiasmada la Misa de su Jubileo Sacerdotal. Sí, ved como crece el amor por el Papa de siglo en siglo, hasta venirse á producir estas explosiones de la presente época: ¡á nadie se ha amado así, á nadie se le amará!

Podría concluir, señores, ya que después que el Pontífice Romano ha llegado á dominar el mundo entero por el amor, toda otra gloria y magnificencia es pequeña ante esta gloria y dominación que nadie ha alcanzado, que nadie alcanzará, que está fuera del poder humano y de los medios con que el hombre cuenta para obtener un fin: las almas y los corazones no se pueden dominar con dominio universal, le está reservada al Papa semejante preeminencia y semejante honor. Pero quiero recoger algunos otros rayos del esplendor que rodea la Cátedra de Pedro, y no vacilo en molestar más vuestra atención, ya que la materia es inagotable, pues se trata nada ménos que de una historia de veinte siglos, y en ellos agrupado cuanto de grande y hermoso ha producido la humanidad desde el Calvario hasta nuestros días.

El Pontificado Romano tiene una Sede digna de su gloria y magnificencia, que Dios le había preparado durante largos siglos, haciendo pasar toda la historia antigua antes de Cristo por esa Ciudad. Allí se habían dado cita todas las grandezas humanas: la fuerza, el triunfo, la conquista, el influjo social, la política, el poder, el oro y las riquezas, el arte, todo había afluido como la sangre al corazón á aquella Ciudad Eterna sentada sobre las siete colinas, con su Panteón, su Foro, su Capitolio, sus termas, su coliseo, sus lictores y filósofos, su lengua y sus costumbres, sus legiones y su Imperio, y su senado, que dominaba todo el mundo conocido. Era la Reina del Orbe, y allá se dirigía un pobre pescador de Galilea con el loco pensamiento de fundar su Trono, ante el cual vendrían á saludarle todas las Naciones, hombres de todas las razas, y esto mientras el mundo existiese, y decía que su sepulcro, el sepulcro de un judío, que había negado á su Maestro ante una mujer sirvienta, sería el centro de una Fé que abasallaría por completo al mundo entero.

Roma, señores, ha sido la Sede del Pontificado y lo es á pesar de la impiedad hoy día. Todo se ha cumplido. El nombre misterioso de la Ciudad de los Papas, encerraba entre las letras de que se compone una como profecía del porvenir, y digo esto porque á la Capital del mundo pagano no se le podía aplicar aquella misteriosa interpretación: volved al revés esta palabra Roma y encontraréis descifrado el enigma, y la profecía encerrada en un nombre, y su realización durante veinte siglos. No habrá que quitar ni poner ni una letra, ni tampoco cambiarlas de orden, y sin embargo leeréis: ¡Amor! Amor, señores, aquello de que os hablaba como una gloria quizás la más exclusiva y singular del Pontificado.

Tomando la historia de la humanidad en su conjunto general, os diré que los siglos antes de Cristo se pueden sintentizar en una sola palabra, y esta terrorífica y repugnante palabra es: ¡odio!, como los siglos después de Cristo á su vez es posible condensarlos en esta otra, ¡Amor! Roma era la Ciudad Eterna, que la humanidad debía reconocer siempre por

la Capital del mundo; el mundo del odio y de la fuerza antes del Calvario, el mundo del amor y de la persuasión después del Calvario. ¡Cuatro mil años del dominio del hombre por el hombre mismo, veinte siglos de amor del hombre por el amor de Dios!, y Roma allá, y Roma aquí, sojuzgando al mundo entero, antes por las conquistas de la fuerza, después por las conquistas del amor. ¿No véis todo un desenlace misterioso en los destinos de Roma, no leéis la profecía encerrada en su nombre?

Por esto con razón dijo Elpis en un himno litúrgico:

¡O feliz Roma, ilustre, esclarecida,  
Pues eres con la sangre consagrada  
De dos príncipes nobles, y teñida  
Con su coral, te miras adornada:  
Tú mereces el ser dichosamente  
Entre las hermosuras la excelente, (1)

Por causa de estos destinos de Roma, Sede del Pontificado, y una de sus glorias más características, pues que abraza la historia entera, somos, señores, Romanos, y con más noble entereza que aquellos senadores que llevaban la suerte del mundo entre los pliegues de sus togas, podemos decirlo sin temor; y es que los católicos tenemos dos patrias como tenemos dos madres, la patria de nuestro nacimiento, particular de cada uno de nosotros, como lo fuera nuestra madre, en el orden natural; nuestra patria espiritual la otra, que es general para todos, como también lo es aquella otra Madre, la Santa Iglesia Católica Romana, que nos engendró á la vida de la gracia. Roma es nuestra patria por ser la Sede del Romano Pontífice, y si somos católicos por la universalidad, somos Romanos por la unidad. De aquí nace ese dictado que distingue á nuestros libros litúrgicos: el Misal Romano, el Breviario Romano, el Pontifical Romano, el Martirologio Romano, y todavía aún más, os diré con el Dante: *¡El Cristo es Romano!*

Todavía quiero haceros detener vuestro pensamiento sobre Roma, Sede del Pontificado, y recordaros en algunos de sus monumentos lo que he dicho, invocando en favor de esta gloria hasta á las piedras! El Coliseo en ruinas pero que aún subsiste, perpetua en Roma el recuerdo de los siglos antes de Cristo, con su característico odio que trajo allí á la arena ante los aplausos del pueblo rey las luchas de los gladiadores y los juegos del circo, y lo que el hombre aislado puede dominando al hombre, hasta convertirse en fiera, y luchar con las fieras, y en sentido moral bajarse más abajo que las bestias. En contraposición de ese mundo de antes del Calvario, ved el monumento que en la Ciudad Eterna, entero, en su pleno uso, simboliza los siglos de más acá de la Cruz. Es San Pedro, sepulcro del primer Pontífice, Catedral del mundo, que lleva el hombre á amar al hombre por el amor de Dios: las escenas que han pasado en esa magnífica Basílica, sus piedras, sus arcos, sus columnas, sus estatuas, sus altares, sus reliquias, no os hablan más que de una sola cosa, del amor.

Y si queréis contemplar materialmente la transición de Roma de la época del odio á la época del amor, del triunfo de la Fé sobre el paganismo, de la santidad sobre el vicio, ved la columna de la Paz coronada por la estatua de la Santísima Virgen, la columna de Trajano sirviendo de pedestal á la estatua de San Pedro, el Panteón convertido en un templo consagrado á los Mártires y á su Reina!

Por todas estas circunstancias, provocan mi hilaridad los detentadores del Patrimonio de San Pedro, que sueñan como una gloria en convertir la Ciudad

(1) Traducción de Sorozabal.

Eterna, la Capital del Orbe, en Capital de un Reino particular, corte de un Rey cualquiera; el sentido común les dice que profieren disparates, y no lo entienden todavía, á pesar de la enseñanza de los siglos y de los tristes ejemplos del pasado. En su odio al Pontificado Romano intentan arrebatárle esta gloria, la gloria de su Sede, y su vano intento resulta ridículo en el plan Providencial: ya el cadáver del Imperio Romano no se levantará de su tumba, y esos pigmeos no provocan más que á la risa; ellos ni resucitan á aquel, ni pueden crear otra nueva Roma despues de la Roma de los Papas! Unos cuantos cañonazos y unas cuantas felonías no fundan imperios como el Imperio de la Iglesia con su Sede y su Pontífice, cuyo Trono fué afirmado durante tres siglos con la sangre de los mártires, bajo las sombrías bóvedas de las Catacumbas, y entre las angustias de las persecuciones, llevando consigo las promesas de Dios! ¡Sí, que este Imperio tiene por cimiento la palabra del Eterno, por capital á Roma, por su dominación el mundo entero, de suerte que el sol jamás baja del zenit en los demonios que rige con su cetro espiritual el Pontífice Romano!

El sol, sí, este es símbolo más apropiado del Pontífice Romano en el orden natural; él ilumina toda la tierra y la vivifica con sus rayos de luz, que le dan calor y vida; él ilumina el espacio, emblema de la eternidad, y si las nubes vienen á interponerse en ciertas regiones, dejándolas un tanto oscuras, allí su presencia se adivina, entre tanto que otros pueblos y otros países gozan de su claridad deslumbradora. ¡Así es el Pontificado Romano!

Yo no os hablaré de las glorias del Pontificado Romano en las esferas de la ciencia y del arte, pues me haría interminable; pero sí os recordaré dos hechos á distancia de algunos siglos, para probaros su inmensa influencia en los destinos de las Naciones y su poderío moral en los asuntos puramente humanos. Un Papa, á solicitud de dos Naciones marítimas, conquistadoras y fuertes, trazó una línea sobre un mapa diciendo á España y Portugal: hasta aquí llegaban vuestros respectivos dominios; las dos potencias se conformaron con la sentencia del árbitro y la respetaron para siempre. En nuestros días, estando el Pontífice encerrado en el Vaticano, rodeado de enemigos, una potencia protestante, la Alemania, fuerte por sus batallones, dominadora puede decirse de la Europa, y por medio de su canciller de *hierro*, llama á las puertas de nuestra casa paterna en busca del Anciano Vicario de Cristo, y le dice; como árbitro, decidid á quién le pertenecen las islas Carolinas, quien las debe retener en su poder. ¿Alemania ó España? León XIII estudia y medita la cuestión, y le dice al canciller; le pertenecen á España; dile á tu Emperador, el Emperador de Alemania, que no le es lícito retenerlas en su poder: y Alemania volvió á España las islas Carolinas. Este suceso hizo resonar en Europa un pensamiento de todos los más grandes estadistas: el Pontífice Romano es el mejor y más á propósito de los árbitros, para dirimir las querellas entre las Naciones; así "se aseguraría la paz en lo posible. La idea vá cundiendo, y hoy León XIII vá á pronunciar su fallo como árbitro en una cuestión entre dos Potencias."

Como una corona de este discurso, os voy á decir, señores, que la virtud ha sido como el esplendor de la Silla Pontificia; pues de doscientos cincuenta y cinco Pontífices, ochenta y ocho se veneran sobre los altares, es decir más de la tercera parte; no hay dinastía ni sucesión de soberanos que cuente semejante gloria, y mucho ménos que pueda decir treinta y cuatro de estos fueron mártires; y contad después de los Santos, cuantos otros Papas fueron hombres de

virtud notable, que eminencias piadosas, que almas tan virtuosas no han ocupado esa veneranda Cátedra! ¡Gloria y honor al Pontificado Romano!, la luz del mundo moral, el Rey ante quien todos los pueblos inclinan la frente, aquel en cuya dominación el sol no desciende de zenit jamás!

HE DICHO.

## SECCION DE LO INTERIOR.

**Una arbitrariedad.**—El señor Inspector de Instrucción pública primaria del departamento de Cuscatlán ha cometido la arbitrariedad, ó mejor dicho, el abuso de su autoridad, expresado por él mismo en el siguiente párrafo de su informe al señor Director General de Instrucción Pública Primaria.

*"Pareciéndome inútil y hasta pernicioso la clase de Historia Sagrada, como que no basándose en la verdad, todas sus narraciones perjudicarían la inteligencia del niño y le llenarían la cabeza de cosas que, si es verdad que llevan el adorno de la poesía, son positivamente falsas, la suprimí en toda mi jurisdicción, y en su lugar, indiqué á los maestros que dieran una clase especial del sistema métrico francés, que es en la actualidad casi universalmente aceptado y cuyo aprendizaje les servirá los niños en todos los días de su vida."*

No pretendemos vindicar el estudio de la Historia Sagrada de los cargos de *inútil y hasta pernicioso, de que todas sus narraciones no basándose en la verdad, perjudicarían la inteligencia del niño y le llenarían la cabeza de cosas positivamente falsas*; pues tal vindicación, dice un célebre escritor, sería poco más ó menos tan ridícula como los mismos cargos. El que empeñara en defender que dos y dos son cuatro, se haría tan ridículo como el que sostuviera que dos y dos son cinco.

Sabido es que los libre-pensadores, libres de todas las leyes de la lógica, independientes de toda traba de criterio y hasta de la tiranía del sentido común, pueden libremente pensar que es negro lo que es blanco, pueden negar lo que todo el mundo afirma, y hasta juzgar inútil y pernicioso lo que diez y nueve siglos han juzgado útil y necesario.

Haciendo pues á un lado las opiniones personales del señor Inspector de Instrucción Primaria de Cuscatlán, y dejándole en el pleno goce de su libertad de pensar sobre la Historia Sagrada, lo que pretendemos es denunciar y protestar sobre su arbitrariedad ó abuso de autoridad, al suprimir *por sí y ante sí*, la clase de Historia Sagrada, y al sustituirla *por sí y ante sí* con otra asignatura, en todas las escuelas primarias oficiales de su jurisdicción.

El programa de instrucción pública primaria es una ley de la República, sancionada y mandada ejecutar por el Gobierno; por consiguiente, solo puede ser derogado, modificado ó dispensado por los que tengan legalmente estas atribuciones; pero nunca por los empleados subalternos, y mucho menos por aquellos que, como los Inspectores, deben limitarse á cumplir y hacer cumplir, exactamente y según el tenor literal, las disposiciones de la ley.

¿Con qué autoridad, pues, y en virtud de cuál de sus atribuciones, el señor Inspector de escuelas de Cuscatlán ha suprimido la clase de Historia Sagrada, establecida por la ley en toda la República y la ha sustituido por otra asignatura, que por muy útil que sea, no está mandada por la misma ley?

El citado párrafo del informe deja conocer, que la única causa impulsiva de dicha supresión y sustitución es la opinión personal del Inspector acerca de Historia Sagrada: *pareciéndome inútil y hasta pernicioso la Historia Sagrada, . . . la suprimí. . .* Pero las

opiniones personales de un empleado no le confieren la facultad de modificar las disposiciones de la ley, conformándolas á su parecer; más bien el empleado debe conformar sus opiniones particulares, al menos en cuanto á sus actos públicos, á las disposiciones sancionadas por la ley.

Si todos los Inspectores departamentales de Instrucción Primaria, siguiendo el ejemplo del de Cuscatlán, se permitiesen suprimir del Programa lo que á ellos les pareciere inútil, ó pernicioso, y sustituirlo con lo que ellos juzgasen útil, aunque el legislador pensase diversamente, bien pronto desaparecería por completo de la República el programa de instrucción oficial; cada departamento tendría el suyo propio conforme á las ideas de su Inspector respectivo, y aun el mismo departamento cambiaría de programa tantas veces, cuantas cambiara la persona de su Inspector.

La supresión de la clase de Historia Sagrada en todas las escuelas primarias de Cuscatlán es por tanto arbitraria, abusiva, y por consiguiente nula. Además, es despreciativa de la autoridad de los funcionarios superiores.

En efecto ¿qué importancia, qué respeto, qué valor tienen la autoridad del señor Director de Instrucción primaria y la del señor Ministro de Instrucción pública, en el concepto del Inspector que, préciñdolo de ellos, por sí y ante sí, sin previa consulta, sin autorización, y solo con un aviso *post factum*, se cree con facultad para disminuir y aumentar, suprimir y sustituir las materias mandadas enseñar en las escuelas nacionales? ¿No es esto tenerse en más á sí mismo y á sus opiniones propias, que á la autoridad superior y á las disposiciones legales?

No sabemos lo que el señor Director General de Instrucción Pública Primaria ha contestado á esta parte del informe que le dirigió el señor Inspector de las escuelas de Cuscatlán, publicado en el "Diario Oficial" del 28 de Agosto: pero, persuadidos de la ilustración y de la rectitud del señor don Antonio Alvarado, investido con aquel elevado carácter, hará cumplir la ley de instrucción pública primaria en el departamento de Cuscatlán, y reprimirá la arbitrariedad de los que lo infringen, debiendo inspeccionar su fiel cumplimiento.

Por buena que sea la ley, por muy bien intencionado que sea el Gobierno, si los empleados inferiores departamentales, desconociendo sus deberes y traspasando el límite de sus atribuciones, fungen arbitrariamente é imponen sus opiniones personales á las sanciones legales, atraen el menosprecio á las leyes y el desprestigio á los gobernantes ante la opinión pública.

**En honor de San Luis Gonzaga.**—En el penúltimo número de "El Católico" se publicó, como editorial, un hermoso artículo titulado: "*El III° Centenario de la muerte de San Luis Gonzaga, en Roma*," que escribió y nos remitió nuestro compatriota, Licenciado don Juan Antonio Dueñas, alumno del Colegio Pio Latino Americano.

Ahora tenemos el gusto de publicar en la sección de Variedades, tres artículos en honor de San Luis, escritos por tres Cardenales y traducidos del italiano por otro de los jóvenes salvadoreños, alumno del mismo Colegio Pio, el señor Minorista don Luis María Argumedo.

No resistimos el deseo de comunicar á nuestros lectores los siguientes párrafos de la carta del señor Argumedo, adjunta á las traducciones dichas; pues creemos les será muy grato conocer la modestia, piedad y amor patrio de ese seminarista, que se educa

en Roma para venir á ser dentro de poco tiempo una de las mejores notabilidades del clero salvadoreño.

"No sé si será del agrado de U. dar publicidad en "El Católico" á los artículos que adjunto á esta, tomados del "Círculo de la Inmaculada," periódico consagrado á ensalzar las glorias de San Luis Gonzaga, y en el cual figuran como colaboradores no solo ilustres príncipes y distinguidos literatos, sino también altas dignidades eclesiásticas, como Cardenales y Obispos.

"Las suaves y dulces emociones que he sentido con motivo de las solemnísimas fiestas del tercer Centenario de la preciosa muerte de San Luis, y la particular devoción y afecto que desde mi tierna infancia he profesado á este gran santo, modelo de candor é inocencia, me han hecho experimentar una verdadera satisfacción al traducir del italiano al español dichos escritos. He empleado con el mayor placer algunas horas de mis recreos en esta agradable ocupación; pero más grande será mi contento, si se logra de algún modo hacer conocer é imitar entre los hijos de mi Patria, las virtudes y las glorias del Joven Angélico.

"Suplico á V. S. se sirva corregir y enmendar las imperfecciones y defectos de la traducción.

"Sea todo á mayor gloria de Dios Nuestro Señor y de San Luis, cuyo nombre me honro en tener."

Damos las gracias más cordiales á los apreciables jóvenes Dueñas y Argumedo, por los artículos con que han favorecido á "El Católico," y ponemos desde luego las Columnas de este á su disposición, pues abrigamos la grata esperanza de que ellos serán más tarde, los dignos directores de la prensa religiosa en nuestra patria.

**Invitación.**—El señor Director de la Hermandad de la Santísima Virgen del Rosario, deseando que la celebración del próximo mes de Octubre en la Iglesia del Rosario, tenga toda la solemnidad y piedad recomendadas por la Santa Sede Apostólica en repetidas disposiciones pontificias, ha dirigido impresa la siguiente:

#### INVITACION

*A los fieles y devotos del Santísimo Rosario, con particularidad á los cofrades, para que cooperen á la próxima función titular.*

"Alegrémonos todos en el Señor, celebrando lo mejor posible la solemnidad del Santísimo Rosario y todo el mes de Octubre, *MES PRIVILEGIADO* sobre todos, como lo tiene decretado y establecido Nuestro Santísimo Padre León XIII, quien como Centinela de la casa de Israel y Vicario de Jesucristo en la tierra, desde la celsitud de su augusto trono Apostólico, ha dirigido una mirada por el mundo entero y ante la difícil condición de los tiempos presentes, al modo que lo hicieron Santo Domingo y San Pío V, nos exhorta á poner con Él una plena confianza en la Inmaculada Virgen María *REINA DEL SANTISIMO ROSARIO*, que ha vencido todas las heregías, por lo que es invocada *AUXILIO DE LOS CRISTIANOS*. Es la Oliva suavísima, que cura las heridas del pecador: es el bello manojito de Rosas de Paraíso; vid lozana y pomposa, cargada con el más hermoso fruto; Violeta escogida en retiro y mortificación; rosa espléndida de sobrenatural fecundidad, cuyos perfumes celestiales de toda virtud y gracias se derraman en torno suyo, repartiéndolos á los que cordialmente la obsequien con la regia devoción de su Santísimo Rosario y con especialidad en este mes en que, estando espuesto el

Santisimo Sacramento, le visiten y recen al menos una tercera parte, orando según la intención de Su Santidad.

*José Miguel Funes,*

Director.

San Salvador, Setiembre 1º de 1891."

### REMITIDO.

El infrascrito, que ha tomado á su cargo hacer á la iglesia del barrio de Concepción los reparos necesarios y otras obras de necesidad y utilidad á la misma iglesia, desea que el público en general y especialmente los fieles contribuyentes con sus limosnas, estén entendidos tanto de aquellos trabajos, cuanto de la inversión de los fondos.

Con este fin, dió cuenta en el número 477 de este periódico, de la erogación de los fondos en la construcción del Campanario, en cuya cuenta resultó el déficit de 41 pesos.

Ahora hace notar que, por olvido involuntario, se omitió en la data una partida de 7 pesos, invertidos en tablas, la cual ha aumentado el déficit á la suma de 48 pesos.

En el mismo número se anunció la rifa de un reloj de oro, obsequiado á la iglesia por el señor don Francisco Funes. Esta se verificó á las dos de la tarde del domingo próximo pasado, saliendo premiado el número 15, correspondiente al billete de la señorita Dorotea Sermeño, á quien le fué entregado el reloj por el infrascrito, acompañado de los alcaldes auxiliares del barrio. El producto de la rifa fué de 100 pesos 4 reales.

De esta cantidad se tomó *sesenta y cuatro pesos* para comprar un palio, y *diez y seis pesos* para comprar una alfombra, de cuyos objetos necesitaba la iglesia para los actos solemnes del culto. Quedaron de la rifa 20 pesos.

El señor Presbítero don Francisco Aguilar, Cura de La Palma, envió 25 pesos á la iglesia de Concepción, como un pequeño testimonio de su aprecio al barrio de donde es originario, para que fuesen invertidos en las obras y necesidades del templo. Reciba el señor Presbítero don Francisco Aguilar las gracias más cordiales en nombre del barrio y del infrascrito.

Con estos veinticinco pesos y con los veinte que quedaron de la rifa del reloj, se cubrió el déficit de la cuenta; pues los tres pesos que aún faltaban, los cede el interesado á beneficio de la iglesia.

Solo resta que el infrascrito, en nombre de todo el barrio y en el suyo propio, dé un público testimonio de gratitud al inteligente maestro carpintero don Juan Hernandez, quien no ha querido aceptar ni un solo centavo por la acertada dirección del trabajo y por el uso que de sus fieros hicieron los operarios.

No dudas de que la Santísima Virgen, á cuyo honor y gloria se dirigen todas estas obras, premiará abundantemente á todos los que han cooperado á ellas, en proporción de su fé y de su piedad.

San Salvador, Setiembre 2 de 1891.

MARCOS ERAZO,

Canónigo de la S. I. Catedral.

**Pésame.**—El 24 del próximo pasado, y después de una prolongada enfermedad, murió cristianamente la virtuosa señora doña Enriqueta Zaldaña de García, en la ciudad de Nueva San Salvador.

Su inmediato parentesco con el benemérito é inolvidable señor Obispo Zaldaña, de quien era sobrina carnal; sus virtudes cristianas, reconocidas de todos; la perfección con que llenó en su hogar los deberes

de esposa y de madre solícita, le atraieron el aprecio y la estimación de cuantos la conocieron.

Su muerte ha sido generalmente sentida por la sociedad, que ha dado á la afligida familia las muestras más sinceras de su condolencia.

"El Católico" también presenta las suyas á las familias García y Zaldaña, y se junta á ellas para pedir á Dios el eterno descanso del alma de la señora doña Enriqueta Zaldaña de García, que de Dios goce.

## SECCION DE VARIEDADES.

### Las armas del Escudo de San Luis Gonzaga.

"*De bien en mejor*" se lee en el escudo de la Casa Tana.

"*Fides*" en el de la Casa de Gonzaga.

Estas dos palabras descubren el espíritu interior de San Luis: progreso constante en la virtud. Desde los siete años, la edad de su conversión, como le hacia decir su profunda humildad, hasta el vigésimo tercero, último de su vida, ¡cuánto adelantó en la via del espíritu!—Es manifiesto, para quien lea la historia de este gran santo, el estudio que consagró para adelantar cada dia más y más en la perfección cristiana é interior.

Con tan asiduo, estudio llegó en breve tiempo á la cumbre de la santidad en el Colegio Romano, en donde aprendió á vencerse á sí mismo, á despreciar al mundo y á confundir al maligno espíritu, transformándose en *hombre nuevo*, modelado sobre el *crucifijo*.

De este inmenso progreso el alma fué la fé: "*Fides*" Sí: solamente la fé puede templar los caracteres de acero; solo la fé, es suficiente para iniciar la obra de la justificación; solo la fé es omnipotente en el mundo de la naturaleza, como también en el mundo de los espíritus: la fé fué la que animó todas las acciones de san *Luis Gonzaga*.

¡Oh jóvenes! si amais el progreso, aprended el secreto de los labios de vuestro maestro y modelo, Luis Gonzaga. Si amais la energía de carácter, la nobleza de miras é intenciones, la dignidad de la vida, la constancia de los propósitos, la profundidad en las convicciones, en los admirables ejemplos de vuestro angélico Protector, encontrareis éstos y todos los dones consiguientes á la fé.

† **Lúcido María,**  
Cardenal Parrocochi.

### San Luis Gonzaga, ejemplo á nuestro siglo.

Cuando la Grecia se encontraba en el apogeo de su florecimiento, uno de sus grandes poetas se atrevió á cantar, que el más potente y predilecto de los Dioses *muere* en el verde Abril de su florida edad.

No os asombre la comparación; pero yo, sobreponiéndome á la ardiente fantasía del poeta griego, afirmo que los años de *Luis Gonzaga*, embellecidos con tantas virtudes y tan ricas prendas, lo han hecho *immortal* en la memoria de los hombres!

En breve tiempo llegó á una consumada perfección, y desde tierno niño fué un gran santo: en pocos años se enriqueció de méritos, adelantándose á la edad: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*"

Esto me conduce á dirigir mis palabras á aquellos que gozan de la edad florida de la vida.

¡¡Juventud!! ¡¡Juventud!! ¿Quiéres tú encon-

trar el camino de la verdadera gloria? ¿Quiéres tú merecer las caricias de la familia, los aplausos de la patria, los elogios de la Religión? Tomad como *ejemplar* al santo que os he descrito. Vosotros, ¡oh jóvenes! más que otro ninguno, sois combatidos por las iracundas olas del mundo y de vuestras propias pasiones; y vuestra lucha será tanto más peligrosa, cuanto la caída ó es por exceso ó por defecto de valor.

Pues bien: fijad vuestras miradas en San Luis. Si os asaltan los atractivos mundanos con su aparente dulzura é infernal sagacidad, mirad á Luis Gonzaga y aprenderéis de él á dominar al mundo, despreciando sus vanidades y sus placeres. Si os hace guerra el abismo y los genios del mal se adunan para combatiros, permaneced firmes, alzad vuestros ojos para ver á *Luis Gonzaga* y él os enseña á pisotear y confundir al Angel de la mentira y de la maldad.

No hace muchos años un célebre filósofo subalpino, obligado á admirar la eximia santidad de Luis y á ensalzar sus glorias con magníficos elogios, desaconsejaba sin embargo la imitación de sus virtudes, porque decía: "*que si una nación quisiera que todos sus hijos fuesen otros tantos Gonzagas, los cuales hubieran de la casa paterna y muriesen en breve tiempo consumidos por el fervor y las penitencias, entonces tal nación acabaría juntamente con sus hijos.*" Este filósofo, que de tal manera ha discurrido, no sabe que para que un *modelo* cautive los ánimos atrayéndolos hácia la virtud y elevándolos de las cosas de la tierra á las del cielo, es necesario que tenga en sí elemental supremos y extraordinarios.

Los hombres vulgares no dejan ejemplos que imitar; esto tan solo está reservado para los varones de elevados sentimientos y nobles aspiraciones.

Si todos los hombres tuvieran aquella agudeza de entendimiento, aquel estudio incesante de la Filosofía, como un Aristóteles, ¿podría el mundo vivir? no: y sin embargo, ejemplo inimitable es el Estaginita. Si todos los hombres fuesen geómetras ó matemáticos con aquella pasión de ánimo de Arquímedes, ¿podría el mundo vivir? No: y sin embargo, un ejemplo utilísimo es el célebre matemático de Siracusa. Si todos los hombres fueran intrépidos guerreros, con aquella gallardía y gentileza de un Bonaparte, ¿podría el mundo vivir? No y sin embargo, si basta el valor común, quitad el simulacro de Napoleón de las plazas públicas, para que con su presencia no siga animando á la valentía en las batallas.

¡Oh jóvenes! si se os exorta á incitar las heroicas virtudes de San Luis Gonzaga, no por eso se os incita á huir de la casa paterna, á morir en breve tiempo en aras de la penitencia y del fervor. Lejos de eso, se os llama para vivir en medio de la sociedad, como imitadores de vuestro angelical Protector.

Solamente se os pide que ansiéis por los *goces del espíritu* y rechacéis los incentivos de la carne: que despreciéis al mundo y sus vanidades, y que el triunfo que obtengais sobre el demonio sea completo y duradero.

No hay Estado ó Nación, Monarquía ó República que se exima de tales obligaciones. El cumplimiento de estos tres grandes deberes es de suprema y absoluta necesidad, porque de lo contrario, la inmundicia, el materialismo y la guerra social serán las fatales consecuencias.

Decid ¡oh caros jóvenes! con toda la efusión de vuestra alma, estas palabras á vuestra querida Patria: "*¡oh Patria!! cuándo serás tú verdaderamente afortunada? Será quizá cuando las costumbres depravadas reinen en medio de tus niños? ó cuando la sed de oro y la soberbia de la vida te dominen? Será acaso cuando en tu mismo recinto, el Angel de las tinieblas extienda sus alas y prevalezca contra el Rey de la*

*sociedad redimida, Jesucristo? . . . . . ¡Ah! entonces, oh patria mia, yo me cubriré de luto y lloraré por siempre tu amarga desventura?*"

A vosotros, oh jóvenes, que sois los futuros defensores de las creencias sagradas de vuestra Patria, y en cuyas venas corre la sangre de vuestros antepasados; á vosotros corresponde conseguir el triunfo sobre la carne, el triunfo sobre las delicias mundanas, el triunfo sobre Satanás. Para este fin, copiad las virtudes de vuestro modelo, San Luis Gonzaga, que brilla en vuestra presencia con luz celestial y hermosura. ¡¡¡Imitadlo!!! . . . y entonces seréis la alegría de vuestro hogar, la esperanza de vuestra Patria, la honra de vuestro Dios.

† Cayetano,  
Cardenal Alimonda.

## El amante de Dios.

En estos tiempos de grande indiferencia y corrupción de costumbres, la angelical figura de *San Luis Gonzaga* brilla como astro esplendoroso y de primera magnitud, en el límpido firmamento de la Iglesia católica.

Desde las alturas de la celestre Patria, Luis Gonzaga dirige á la tierra una mirada, para encender en los corazones de los hombres el amor á Jesús Crucificado, á quien él tanto amó. Compadecido de las humanas miserias, quiere, en recompensa de los esfuerzos que se hacen por celebrar el III Centenario de su gloriosa muerte, avivar la fé de toda la cristiandad y hacer sentir en todos los corazones las dulzuras del amor divino; porque bien sabe que este amor es fuerte y fecundo en buenas obras, que derrama consuelos sobre todas las amarguras y dulcifica los días pesarosos de la vida.

¡Oh inmaculado é inocente joven! desde las alturas del Empíreo en donde os han colocado los méritos de otras grandes virtudes, dirigid al mundo una piadosa mirada. Haced que á vuestro ejemplo se despierte en las almas creyentes el espíritu de *amor* y de *sacrificio*, del cual fuisteis preciosa víctima, sacrificada en aras de la más viva Caridad! . . .

† Guillermo, CARDENAL SANFELICE,  
Arzobispo de Nápoles.

## QUEJAS.

No busques paz ni consuelo  
en este mundo de duelo,  
pues todo en él son congojas;  
lloran el ave y las hojas,  
y hasta los astros del cielo.

Devora un profundo hastío,  
un sentimiento sombrío  
á cuanto Dios ha creado,  
pues tiene quejas el prado  
y sollozos tiene el río.

La brisa, el árbol la flor,  
el ave, la mariposa,  
de todo se alza un rumor;  
una queja misteriosa  
que está diciendo: *¡dolor!*

Y al hombre también señora,  
negra tristeza devora,  
le hiere un profundo hastío,  
y cuando sufre, oh Dios mio,  
¡que tristes lágrimas llora! . . .

Porque el hombre en la creación,  
es la inmensa perfección,  
y su llanto es más profundo  
porque brota de ese mundo  
que se llama, el corazón.

Ricardo Domínguez.

San Salvador, Imp. de "El Cometa," calle Morazán N.º 43